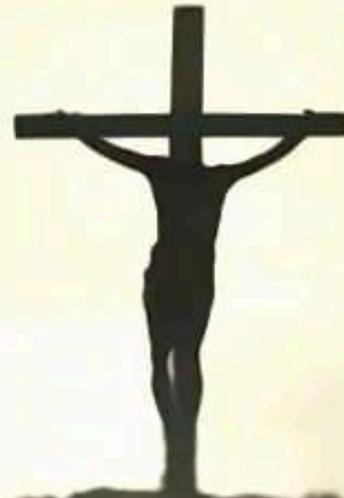


TEMPLO HERMANA TERESA



"La maldad"

14/06/2025



“La maldad”

Queridos hermanos y hermanas.

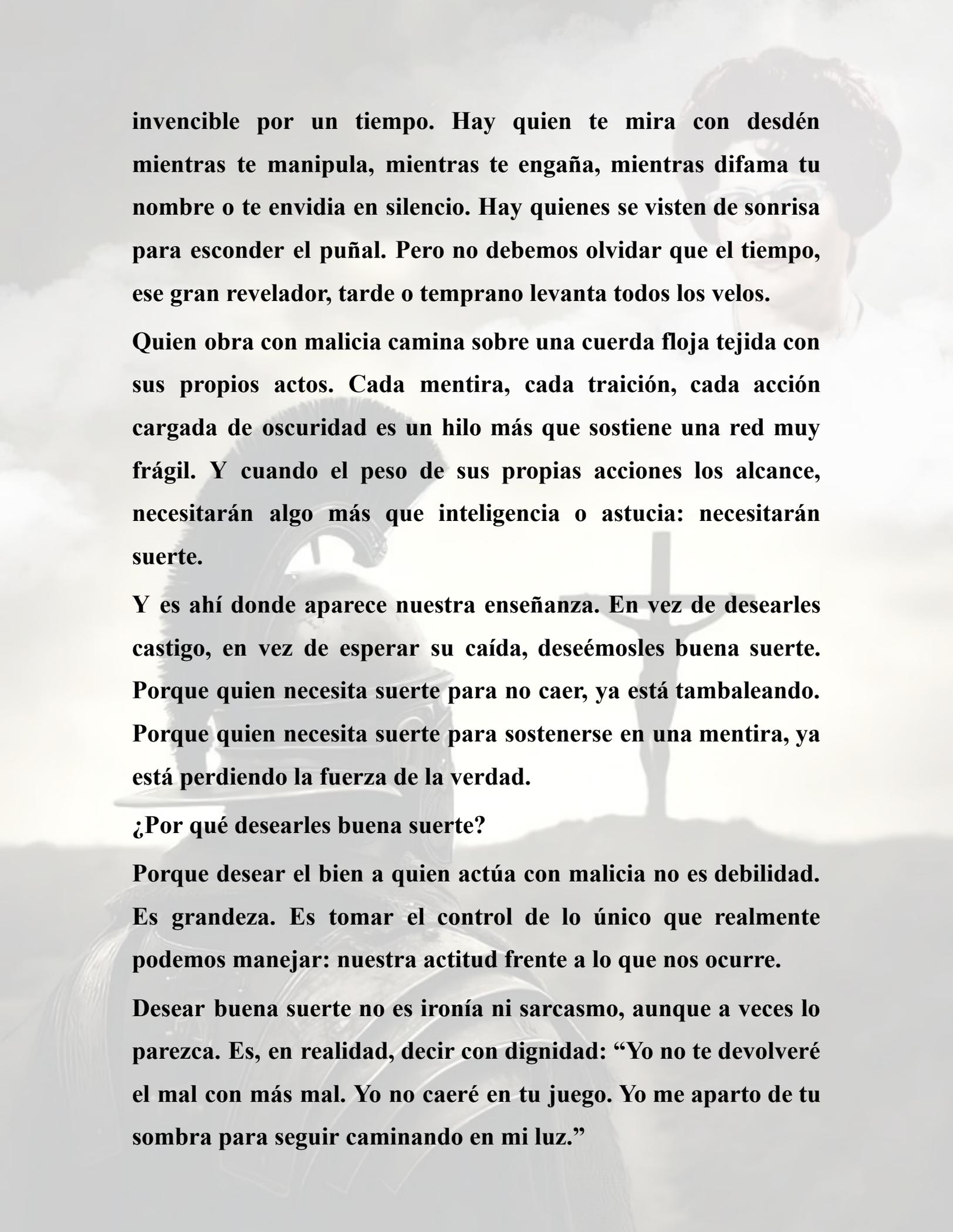
En esta Ceremonia de hoy nos gustaría detenernos un momento para reflexionar juntos sobre una frase que Carlos nos compartió, y aunque parezca simple o hasta irónica, encierra una gran verdad profunda, serena y reveladora:

“A los que actúan con malicia hay que desearles buena suerte, tarde o temprano la van a necesitar.”

Esta sentencia no es un ataque, no es una burla, no es un castigo disfrazado de cortesía. Es, más bien, una declaración de paz, una forma de tomar distancia de aquello que no queremos cultivar en nuestro interior. Porque el deseo de bien, incluso para quien obra con maldad, es la señal más alta de fortaleza interior, de confianza en que el tiempo, la vida y la verdad se ocupan de poner todo en su lugar.

No es fácil. No es automático. Es humano querer defenderse, reaccionar, devolver golpe por golpe, palabra por palabra, traición por traición. Pero hoy estamos aquí no para hablar de lo fácil, sino de lo correcto. No de lo que sale de forma instintiva, sino de lo que nace de la conciencia, de la sabiduría, y también de la Fe.

Quien actúa con malicia, tal vez se crea listo, superior, o incluso



invencible por un tiempo. Hay quien te mira con desdén mientras te manipula, mientras te engaña, mientras difama tu nombre o te envidia en silencio. Hay quienes se visten de sonrisa para esconder el puñal. Pero no debemos olvidar que el tiempo, ese gran revelador, tarde o temprano levanta todos los velos.

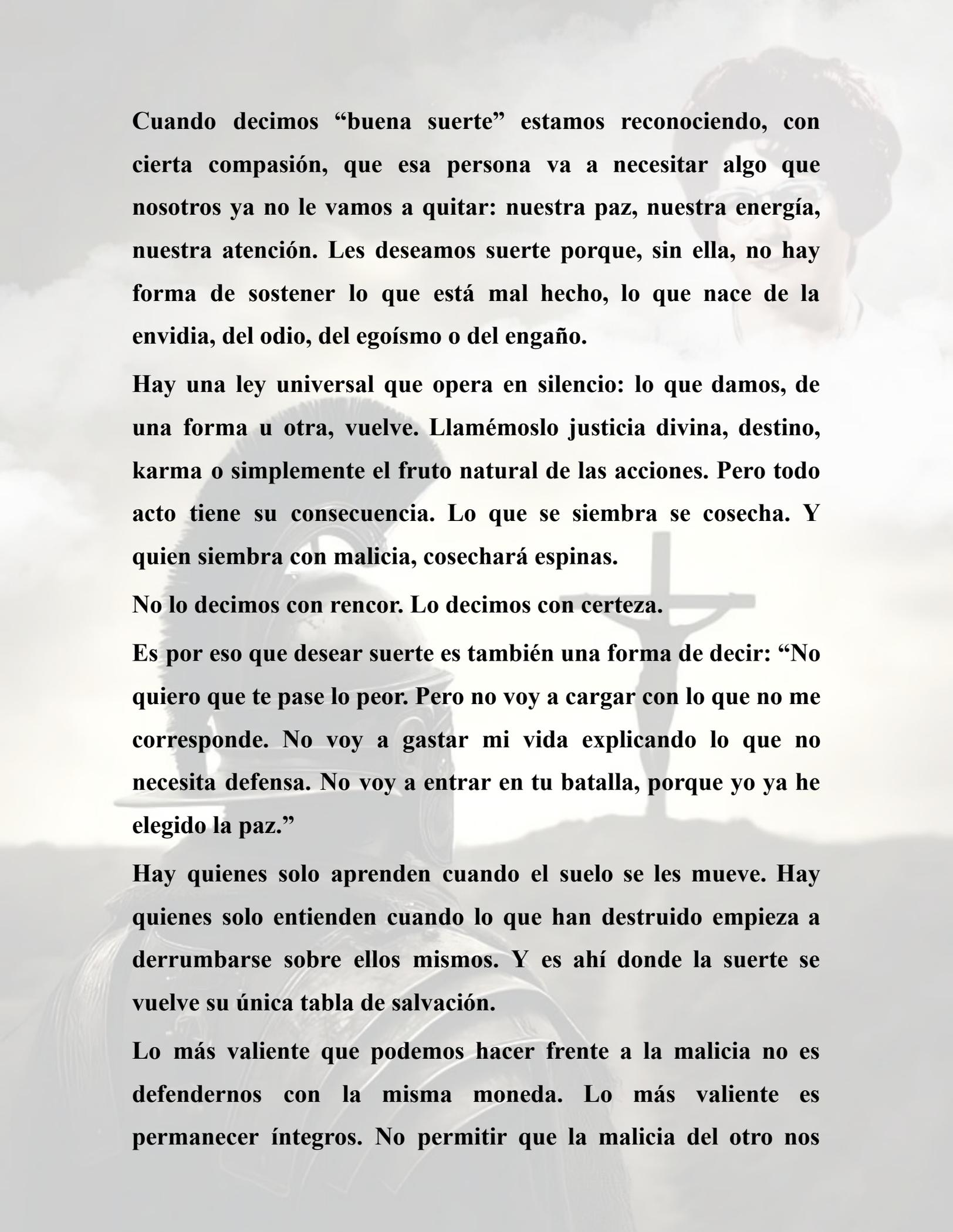
Quien obra con malicia camina sobre una cuerda floja tejida con sus propios actos. Cada mentira, cada traición, cada acción cargada de oscuridad es un hilo más que sostiene una red muy frágil. Y cuando el peso de sus propias acciones los alcance, necesitarán algo más que inteligencia o astucia: necesitarán suerte.

Y es ahí donde aparece nuestra enseñanza. En vez de desearles castigo, en vez de esperar su caída, deseémosles buena suerte. Porque quien necesita suerte para no caer, ya está tambaleando. Porque quien necesita suerte para sostenerse en una mentira, ya está perdiendo la fuerza de la verdad.

¿Por qué desearles buena suerte?

Porque desear el bien a quien actúa con malicia no es debilidad. Es grandeza. Es tomar el control de lo único que realmente podemos manejar: nuestra actitud frente a lo que nos ocurre.

Desear buena suerte no es ironía ni sarcasmo, aunque a veces lo parezca. Es, en realidad, decir con dignidad: “Yo no te devolveré el mal con más mal. Yo no caeré en tu juego. Yo me aparto de tu sombra para seguir caminando en mi luz.”



Cuando decimos “buena suerte” estamos reconociendo, con cierta compasión, que esa persona va a necesitar algo que nosotros ya no le vamos a quitar: nuestra paz, nuestra energía, nuestra atención. Les deseamos suerte porque, sin ella, no hay forma de sostener lo que está mal hecho, lo que nace de la envidia, del odio, del egoísmo o del engaño.

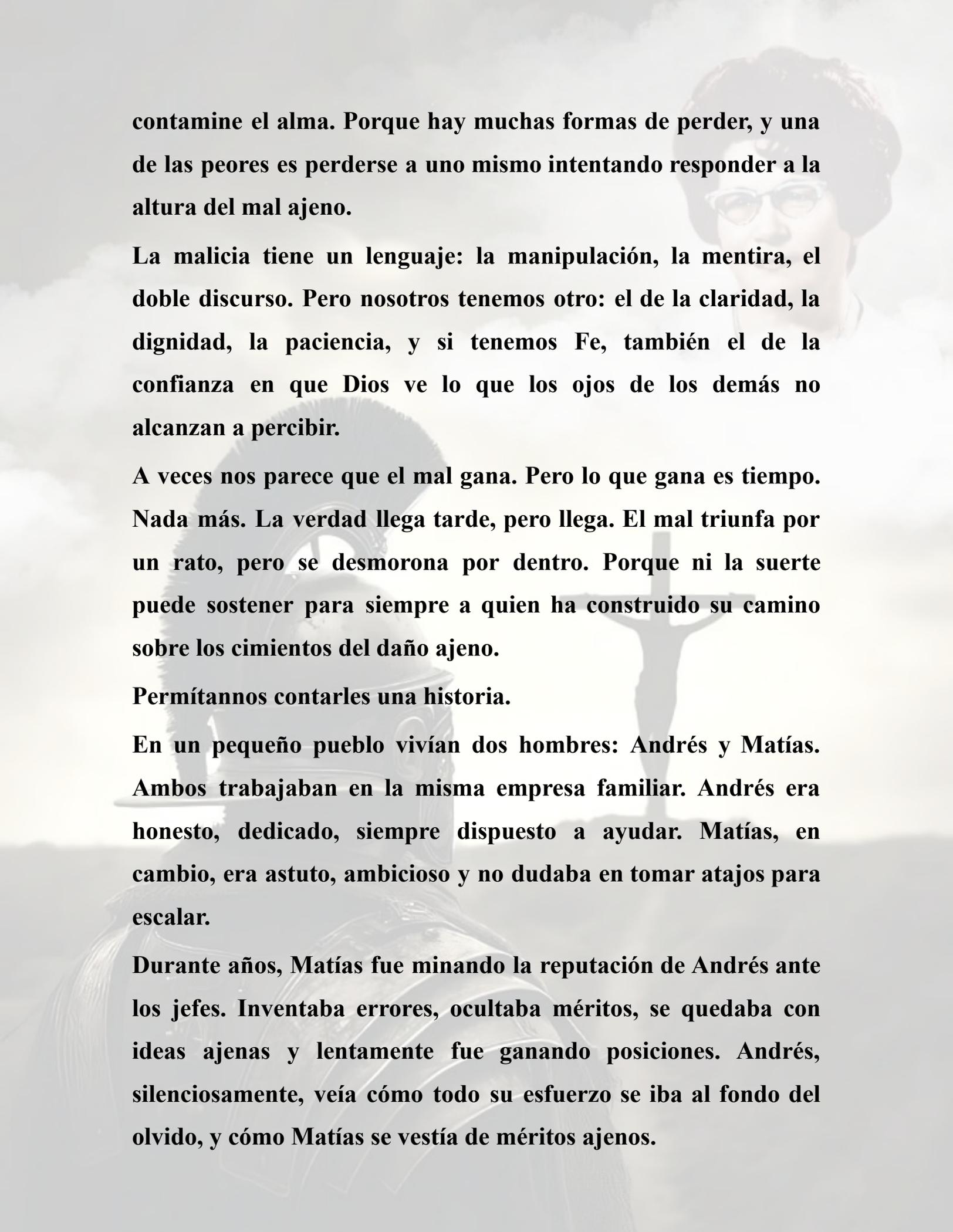
Hay una ley universal que opera en silencio: lo que damos, de una forma u otra, vuelve. Llamémoslo justicia divina, destino, karma o simplemente el fruto natural de las acciones. Pero todo acto tiene su consecuencia. Lo que se siembra se cosecha. Y quien siembra con malicia, cosechará espinas.

No lo decimos con rencor. Lo decimos con certeza.

Es por eso que desear suerte es también una forma de decir: “No quiero que te pase lo peor. Pero no voy a cargar con lo que no me corresponde. No voy a gastar mi vida explicando lo que no necesita defensa. No voy a entrar en tu batalla, porque yo ya he elegido la paz.”

Hay quienes solo aprenden cuando el suelo se les mueve. Hay quienes solo entienden cuando lo que han destruido empieza a derrumbarse sobre ellos mismos. Y es ahí donde la suerte se vuelve su única tabla de salvación.

Lo más valiente que podemos hacer frente a la malicia no es defendernos con la misma moneda. Lo más valiente es permanecer íntegros. No permitir que la malicia del otro nos



contamine el alma. Porque hay muchas formas de perder, y una de las peores es perderse a uno mismo intentando responder a la altura del mal ajeno.

La malicia tiene un lenguaje: la manipulación, la mentira, el doble discurso. Pero nosotros tenemos otro: el de la claridad, la dignidad, la paciencia, y si tenemos Fe, también el de la confianza en que Dios ve lo que los ojos de los demás no alcanzan a percibir.

A veces nos parece que el mal gana. Pero lo que gana es tiempo. Nada más. La verdad llega tarde, pero llega. El mal triunfa por un rato, pero se desmorona por dentro. Porque ni la suerte puede sostener para siempre a quien ha construido su camino sobre los cimientos del daño ajeno.

Permítannos contarles una historia.

En un pequeño pueblo vivían dos hombres: Andrés y Matías. Ambos trabajaban en la misma empresa familiar. Andrés era honesto, dedicado, siempre dispuesto a ayudar. Matías, en cambio, era astuto, ambicioso y no dudaba en tomar atajos para escalar.

Durante años, Matías fue minando la reputación de Andrés ante los jefes. Inventaba errores, ocultaba méritos, se quedaba con ideas ajenas y lentamente fue ganando posiciones. Andrés, silenciosamente, veía cómo todo su esfuerzo se iba al fondo del olvido, y cómo Matías se vestía de méritos ajenos.

Los vecinos le decían: “¿Por qué no lo denuncias? ¿Por qué no hablas? ¿Por qué no haces lo mismo?”

Andrés respondía con serenidad: “Porque yo no voy a ser como él. Que Dios lo ayude... tarde o temprano va a necesitar suerte.”

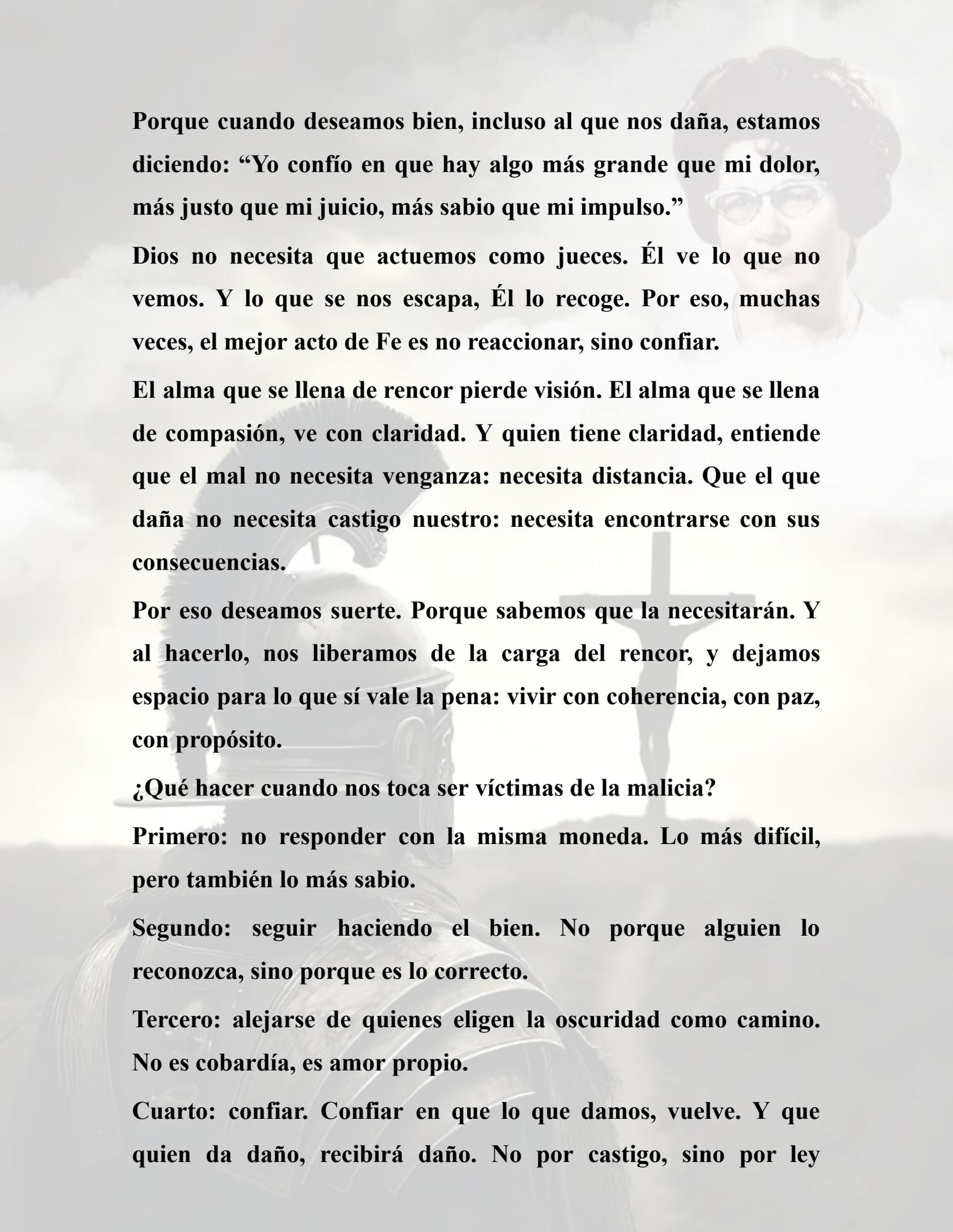
Pasaron los años. Andrés siguió fiel a su forma de ser. Matías llegó a la gerencia. Pero un día, una auditoría externa llegó a la empresa. Empezaron a investigar documentos, contratos y correos. Lo que estaba escondido empezó a salir a la luz. Las mentiras se hicieron evidentes. La estructura de malicia se vino abajo como un castillo de naipes.

El escándalo fue grande. Matías fue despedido con deshonra, y la empresa buscó a alguien que tuviera integridad para reconstruir lo dañado. Y entonces, la mirada cayó sobre Andrés. El hombre silencioso, íntegro, que había deseado suerte a su agresor... ahora era visto con otros ojos.

Cuando le ofrecieron el cargo, Andrés solo dijo: “Yo no busqué esto. Solo hice mi parte. El resto, lo hizo el tiempo.”

Y así fue. La verdad tarda, pero llega. Y la malicia, cuando ya no puede sostenerse en sus propios hilos, se derrumba sola. Lo que parecía una injusticia sin final, fue en realidad una prueba. Una prueba que Andrés pasó sin odiar, sin vengarse, solo con una frase: “A los que actúan con malicia, hay que desearles buena suerte. Tarde o temprano la van a necesitar.”

Desde la Fe, esta frase cobra una dimensión aún más profunda.



Porque cuando deseamos bien, incluso al que nos daña, estamos diciendo: “Yo confío en que hay algo más grande que mi dolor, más justo que mi juicio, más sabio que mi impulso.”

Dios no necesita que actuemos como jueces. Él ve lo que no vemos. Y lo que se nos escapa, Él lo recoge. Por eso, muchas veces, el mejor acto de Fe es no reaccionar, sino confiar.

El alma que se llena de rencor pierde visión. El alma que se llena de compasión, ve con claridad. Y quien tiene claridad, entiende que el mal no necesita venganza: necesita distancia. Que el que daña no necesita castigo nuestro: necesita encontrarse con sus consecuencias.

Por eso deseamos suerte. Porque sabemos que la necesitarán. Y al hacerlo, nos liberamos de la carga del rencor, y dejamos espacio para lo que sí vale la pena: vivir con coherencia, con paz, con propósito.

¿Qué hacer cuando nos toca ser víctimas de la malicia?

Primero: no responder con la misma moneda. Lo más difícil, pero también lo más sabio.

Segundo: seguir haciendo el bien. No porque alguien lo reconozca, sino porque es lo correcto.

Tercero: alejarse de quienes eligen la oscuridad como camino. No es cobardía, es amor propio.

Cuarto: confiar. Confiar en que lo que damos, vuelve. Y que quien da daño, recibirá daño. No por castigo, sino por ley

natural.

Y por último: perdonar, no para absolver, sino para liberar. Perdonar no es olvidar lo que nos hicieron, es dejar de cargar con ello.

Cada vez que alguien nos daña y respondemos con paz, estamos elevando la frecuencia del mundo. Estamos rompiendo cadenas. Estamos demostrando que hay otra forma.

Y cada vez que deseamos suerte a quien actúa con malicia, estamos diciendo: “No soy tu enemigo. No voy a ser igual. Te dejo en manos del destino. Que Dios te bendiga. Porque te hará falta.”

No con soberbia. No con burla. Sino con conciencia. Con firmeza. Con Fe.

Hermanos y hermanas, no carguemos más con odios ajenos. No dejemos que la malicia nos arrastre. No nos convirtamos en lo que criticamos.

La Hermana Teresa nos pide hoy que sigamos haciendo el bien, aunque no se vea. Que sigamos caminando en luz, aunque nos empujen a la sombra. Que sigamos deseando suerte a los que nos dañan, porque al final del camino, cada uno se encuentra con lo que construyó.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.